

En cuanto el desconocido dejó el fardo en el suelo, Hades supo que se trataba del cuerpo de un niño. Estaba de lado, acurrucado, envuelto en una raída sábana azul, sujeta para mayor seguridad con cinta adhesiva alrededor del cuello, la cintura y las rodillas. Un piecito blanco como una perla asomó por el borde y quedó sobre el linóleo pegajoso del suelo, inerte. Hades se apoyó en la encimera de su cocina, siempre abarrotada de cachivaches, y se quedó mirando el pequeño pie. El desconocido, en la puerta, cambió el peso de su cuerpo de una pierna a otra, sacó un cigarrillo de un paquete y se dispuso a prender varias cerillas. El hombre al que llamaban Hades levantó la vista para mirar brevemente el rostro anguloso y enjuto del desconocido.

—No fume en mi casa.

Al tipo le habían explicado cómo llegar adonde vivía Hades, pero no le habían contado que era un lugar desconcertante que ponía los pelos de punta. Pasadas las puertas de hierro del vertedero de Utulla, en los irregulares confines de los barrios del oeste, empezaba una pista de grava que discurría entre montañas de basura hasta un cerro negro e imponente que, rodeado de estrellas, tapaba el cielo. En lo alto del cerro un rodal de árboles y maleza ocultaba totalmente a la vista la casucha de madera. El desconocido había conducido su coche con sumo cuidado entre montones de basura altos como bloques de pisos y por los que se movía toda clase de bichos nocturnos: búhos, gatos, roedores, entretenidos en buscar alimento entre viejos cartones de leche y bolsas de carne en estado de putrefacción. Ojos luminiscentes le siguie-

ron con atención desde el interior de carcasas calcinadas de coches o desde debajo de láminas dobladas de hierro corrugado.

Siguiendo por la pista de grava, el desconocido empezó a toparse con una especie nueva de bestia observadora. Criaturas hechas con retales de metal doblados y máquinas inservibles flanqueaban la carretera: una lavadora rota que, golpeada y retorcida, había quedado convertida en un león con las fauces abiertas, o unas bicicletas enganchadas entre sí, enroscadas y estiradas, formaban el cuerpo de un flamenco que parecía estar pastando entre los juncos. A la luz de la luna, aquellas figuras, con su plumaje hecho de utensilios de cocina y sus ojos de botellas de Coca-Cola, parecían animales tensos y alertas. Cuando el desconocido entró en la casa, sintió cierto alivio al hallarse a resguardo de ellos y de sus miradas. Pero la sensación de alivio desapareció en cuanto posó la mirada en el hombre al que llamaban «el Señor del Inframundo».

Cuando el desconocido entró, se había encontrado a Hades de pie en un rincón de la cocina como si hubiese estado esperándole. Y de allí no se había movido. Con los brazos velludos cruzados sobre el pecho anchísimo, clavó sus ojos de pesados párpados en el fardo que el desconocido traía en brazos. A su lado, en el banco lleno de cosas revueltas, había una Walther PP con silenciador junto a un vaso medio vacío de whisky escocés. Hades tenía el cráneo ancho, rematado con una pulcra mata de cabellos grises. Era un hombre no muy alto, fornido como un toro, con una fuerza y una ira que aquella cocina insoportablemente angosta apenas lograba contener.

Dentro de la casita daba la impresión de que faltaba el aire, como si los árboles que la rodeaban formasen una especie de negra cúpula que lamía y acariciaba el aire caliente a través de las ventanas. La cocina de Hades estaba adornada con trastos que había rescatado del vertedero. Botellas y frascos ornamentados, de todos los colores imaginables, pendían del techo agarrados con trozos de sedal, y en las paredes había extraños artilugios para cortar o para rebanar, sujetos con escarpías como si fuesen

armas. Había peces de porcelana, frutas de plástico, un hurón amarillo disecado durmiendo hecho un ovillo en un cesto, junto a la puerta; tarros llenos de cosas que parecía no tener ningún sentido conservar: canicas de colores, gafas sin lentes, tapones de botellas por millares. En el alféizar de la ventana había hileras de cabezas de muñecas, unas con ojos, otras sin ellos, con las boquitas abiertas sonriendo, aullando, sollozando. Por la puerta que comunicaba con la minúscula sala de estar se veía una pared repleta a más no poder, desde el suelo de madera desgastada hasta el techo manchado de moho, de libros de bolsillo estropeados y colocados en todas las posiciones posibles, unos tumbados, otros de pie.

El desconocido se retorció en aquel silencio. Se moría de ganas de mirarlo todo, pero temía lo que pudiera ver. Unos pájaros nocturnos emitieron sus graznidos en los árboles, al otro lado de las disperejas vidrieras de colores.

—¿Quiere que...? Mmm... —El desconocido se rascó la nuca—. ¿Quiere que vaya a por el otro?

Hades no dijo nada hasta pasado un buen rato. No le quitaba ojo al cuerpo de niño envuelto en la raída sábana azul.

—Cuéntame cómo se llegó a esto.

El desconocido notó en las sienes el picor de unas gotitas nuevas de sudor.

—Mire —suspiró—, me dijeron que no habría preguntas. Que podía venir a dejárselos aquí y...

—Pues te lo dijeron mal.

Uno de los dedos rollizos de Hades se puso a dar golpecitos lentamente en su bíceps izquierdo, como si estuviera contando los segundos. El desconocido cogió entre sus dedos el cigarrillo que antes no había encendido, se lo llevó a los labios y recordó la advertencia. Se lo guardó en el bolsillo y se quedó mirando el bulto tirado en el suelo, y la forma de la cabecita de la niña encorvada hacia el pecho.

—En teoría tenía que haber salido todo a pedir de boca —dijo el desconocido, meneando la cabeza sin dejar de mirar el

cuerpo—. Fue todo idea de Benny. Él vio una noticia en un periódico sobre el tío ese, Tenor creo que se llamaba, un científico chiflado. Acababa de pillar un fajo bien gordo de pasta contante y sonante por un tema en el que estaba trabajando sobre cáncer de piel o quemaduras de sol o una mierda de esas. Benny se obsesionó con el tío y no paraba de traernos recortes de periódico. Nos enseñó una foto del tío con su mujercita y sus dos nenes y dijo que la familia estaba forrada ya de antes y que simplemente estaba añadiendo ese nuevo pastón a su pastizal apestoso.

El desconocido tomó aire, una inhalación profunda que le infló el estrecho pecho. Hades le observaba impasible.

—Nos enteramos de que la familia iba a estar a solas en su choza de vacaciones, en Long Jetty. Así que subimos todos para allá en coche, los seis, con idea de darles un meneo y llevarnos a los críos. Pero solo un tiempito, ya me entiende, no mucho. Se suponía que iba a ser pan comido, tío. Entrar, salir, quedarnos con ellos un par de días y organizar un trueque. No íbamos a hacer nada con ellos. Hasta me llevé unos juegos para que pudiesen jugar mientras estaban con nosotros.

Hades abrió uno de los cajones que tenía al lado y sacó un cuaderno y un lápiz. Desde donde estaba, los lanzó al tablero de la mesita que había junto a la pared lateral.

—Esos otros —dijo—, escribe ahí cómo se llaman. Y tu nombre también.

El desconocido fue a rechistar, pero Hades no dijo nada más. El desconocido se sentó en la silla de plástico delante de la mesa y, con dedos temblorosos, se puso a escribir nombres en el papel. Tenía una letra infantil, torcida, emborronada.

—La cosa empezó a torcerse a toda leche —murmuró mientras escribía; sujetaba el papel con los dedos, largos, blancos, para que no se le moviese—. A Benny le dio por decir que el tío le miraba como si estuviese pensando en hacer alguna estupidez. Yo no me fijé. La mujer chillaba y lloraba y no paraba y uno le largó un manotazo y los niños intentaron soltarse. Benny se cargó a los padres a balazos. Se... se puso a disparar, pum, pum, pum,

sin parar hasta que se le vació la pistola. Siempre fue un gilipollas con el gatillo flojo. Siempre listo para la bronca.

Parecía que la emoción embargaba al desconocido, que se había puesto a respirar soltando lentamente el aire del pecho entre los dientes. Miraba fijamente los nombres que había escrito en el papel. Hades observaba.

—Todo estaba yendo bien y, de golpe, sin comerlo ni beberlo, estábamos en la carretera con los críos en el maletero y nadie a quien poder pedir un rescate. Empezamos a hablar de librarnos de ellos, entonces uno dijo que le conocía a usted y que... —El desconocido se encogió de hombros y se secó la nariz con la mano.

Por primera vez desde la aparición del desconocido, Hades abandonó su rincón de la cocina. Parecía más corpulento y de alguna manera más amenazador, con el diminuto cuaderno cogido en la palma de una de sus manos encallecidas de gigante. Arrancó la hojita con los nombres. El desconocido, derrotado, no se movió de la silla de plástico ni levantó la mirada cuando Hades dobló el cuadradito de papel y se lo metió en un bolsillo. Y no prestó atención tampoco cuando ese hombre mayor que él cogió el revólver, lo empuñó y le quitó el seguro.

—Fue un accidente —murmuró el desconocido. Miraba fijamente, con los labios separados y los ojos enrojecidos, llenos de lágrimas, el cuerpo envuelto en la sábana—. Todo iba sobre ruedas.

El hombre al que llamaban Hades le descerrajó dos tiros. Él, confundido, clavó la mirada en Hades mientras se llevaba las manos a los boquetes que se le habían abierto en el cuerpo. Hades dejó el arma en la encimera y levantó el vaso de whisky hasta los labios. Las aves de la noche habían dejado de graznar y solo el sonido de la muerte del desconocido llenó el aire.

Hades dejó el vaso soltando un suspiro y se puso a repasar mentalmente los metros cuadrados de desperdicios que rodeaban la colina en busca del mejor sitio para el cuerpo del desconocido y de otro, en algún rincón apartado y apropiado para enterrar los

cuerpos de los pequeños. Había un lugar que él conocía, detrás de la nave de clasificación, en el que había crecido un árbol entre los montículos de basura; a veces a esa cosa retorcida y nudosa le salían unas florecillas de color rosa. Enterraría allí a los dos niños, juntos, y cavaría un hoyo en otra parte, en cualquier otro sitio, para enterrar al desconocido con todos los violadores, asesinos y ladrones que poblaban el subsuelo del vertedero. Hades cerró los ojos. Esas noches acudían a su vertedero demasiados desconocidos con sus fardos de vidas segadas. Tendría que empezar a correr la voz de que no se aceptaban más clientes. Los viejos conocidos, los clientes habituales, le llevaban cadáveres de malhechores. Pero esos desconocidos... Meneó la cabeza. Esos desconocidos no paraban de llevarle inocentes.

Hades dejó el vaso vacío en la encimera, al lado de su pistola. Sus ojos recorrieron el suelo agrietado hasta detenerse en el piecito blanco de la niña muerta.

Fue entonces cuando se fijó en que tenía los deditos agarrotados.

# 1

La primera vez que vi a Eden Archer pensé que había tenido un golpe de suerte. Estaba sentada junto a la ventana, de espaldas a mí. Al pasar la vista por el círculo de hombres que la rodeaba, pude verle apenas un poco del rostro anguloso. Parecía tratarse de una especie de sesión de orientación psicológica, seguramente acerca del hombre al que yo venía a sustituir, el compañero fallecido de Eden. Algunos de los hombres del círculo tenían la cara pálida y el semblante serio, triste, como si a duras penas pudiesen controlar las emociones. El propio psicólogo estaba como si acabaran de robarle hasta el último centavo.

Eden, por su parte, mantenía una actitud de serena contemplación. En la mano derecha tenía una navaja automática, visible solo para mí, y la abría y cerraba con el dedo pulgar. Miré de arriba abajo su larga trenza de pelo negro y me pasé la lengua por los dientes. Conocía a las de su clase, en la academia me había encontrado a muchas como ella. Chicas que no hacían amistades y que, los fines de semana tranquilos, cuando los oficiales estaban fuera, no tenían el menor interés en dejarse caer por los dormitorios de los chicos. Sabía correr con tacones, de eso no cabía duda. Y si se encontraba una rata en la despensa, no dudaría en partírsela con sus propias manos, aunque la manicura de cuarenta dólares que lucía ese día fuese la tercera en lo que iba de mes. Me gustaba su imagen. Me gustaba su forma de respirar, lenta, sosegada, mientras los oficiales a su alrededor hacían esfuerzos para no desmoronarse.

Me quedé detrás del cristal de espejo, escuchando a medias la

perorata del capitán James sobre la muerte de Doyle, una pérdida irreparable para la Brigada de Homicidios del Área Metropolitana de Sídney, y sobre sus estragos en la moral del equipo. La reunión tocó a su fin y Eden se metió la navaja por el cinturón. La blusa de algodón, blanca, ajustada, se ceñía a su silueta cuidadosamente esculpida. Tenía los ojos grandes, negros, y al salir por la puerta en dirección adonde me encontraba yo, iba con la mirada fija en la moqueta.

—Eden. —El capitán me hizo una seña para que me acercase—. Frank Bennett, tu nuevo compañero.

Sonreí y le estreché la mano. Su mano transmitía calor y dureza a la vez.

—Mi pésame —dije—. Me han dicho que Doyle era un gran tipo. —También me habían dicho que Eden había vuelto con la cara totalmente salpicada de gotitas de sangre de su compañero y pedacitos de sesos por la blusa.

—Te ha dejado el listón bien alto. —Hizo un gesto con la cabeza, bajando el mentón. Su tono de voz era plano como una tachuela.

Esbozó una media sonrisa cansina, como si mi aparición para convertirme en su compañero no fuese sino otro fastidio más dentro de lo que había sido una mañana espantosa interminable. Su mirada se cruzó con la mía una milésima de segundo y, sin más, se marchó.

El capitán James me llevó hasta mi cubículo en la oficina común. De la mesa de Doyle habían eliminado hasta el último rastro personal de su anterior ocupante. Desportillada y desnuda, estaba totalmente vacía salvo por un teléfono negro de plástico y el cable para la conexión del portátil. Cuando entré, varias personas levantaron la cabeza de sus respectivos escritorios. Supuse que irían presentándose a su debido tiempo. Un grupito de hombres y mujeres, en la máquina del café, me miraron de arriba abajo y se volvieron para poner en común su análisis visual. En las manos



tenían tazas con eslóganes del tipo «Cuidado: Fan de *Crepúsculo*» o «El Mayor Gilipollas del Mundo».

Mi madre había sido una activa defensora de la fauna salvaje, una de esas personas que paran el coche al ver un canguro muerto y se acercan a meter la mano en la bolsa marsupial por si hubiese una cría, o de las que despegan del asfalto pájaros medio aplastados para ofrecerles una muerte digna o bien para curarlos. Una mañana me traje en una caja unas crías de búho, tres en total, que habían sido abandonadas por su madre. Esos hombres y mujeres de la oficina me recordaron a aquellos buhítos que, al abrir la tapa de la caja de zapatos, me miraron apelotonados en un rincón con sus ojos redondos, negros e inexpresivos de puro espanto.

Estaba deseando entablar conversación con alguno de ellos. Se estaban investigando varios casos interesantes y este nuevo nombramiento representaba en gran medida un avance para mí. Mi último destino en Sídney Norte había consistido principalmente en casos relacionados con el crimen organizado asiático. Todo era muy directo y repetitivo: tiros desde vehículos en marcha, ejecuciones, atracos en restaurantes, padres molidos a palos y jovencitas aterrorizadas para que no se fuesen de la lengua, todo ello para defender el territorio de la banda de turno. Sabía, por el circo mediático y por lo que se comentaba en mi antigua oficina, que los de la Metropolitana de Sídney andaban buscando a una niña de once años a la que se había dado por desaparecida y que probablemente estaría muerta en alguna parte. Y también me había enterado de que uno de los investigadores de mi nuevo departamento había trabajado en el caso de los asesinatos de mochileros por Ivan Milat en los años 90. Estaba deseando desembalar mis cosas cuanto antes, para ver si alguien se animaba a contarme batallas.

Eden se sentó en el borde de mi mesa justo cuando abría mi caja de plástico y me ponía a organizar mis cosas en los cajones. Carraspeó una sola vez y miró a su alrededor, incómoda, rehuendo mi mirada.

—¿Casado? —preguntó.

—Dos veces.

—¿Niños?

—¡Ja!

Me miró a la cara, dando vueltas sin parar a su reloj de pulsera alrededor de la muñeca. Me senté en la silla de Doyle. El sol de la mañana, que entraba a raudales por las ventanas, más altas que nosotros, había calentado el asiento. Aun sabiendo que esa era la explicación, sentí un escalofrío al imaginar que Doyle habría podido estar sentado en esa silla solo unos segundos antes, hablando por teléfono o mirando su correo electrónico.

—¿Por qué aceptaste el puesto?

Aproveché que me agachaba y volvía a levantarme al recoger mi mochila del suelo, para olerla. Olía a perfume caro. Impecables botas de piel ciñéndole los gemelos, perfume de marca en el cuello. Me dije que debía de tener algo menos de treinta años y que las mujeres de su edad preferían a tíos un poco mayores que ellas... De modo que los diez años que le sacaba, más o menos, no me convertían necesariamente en un ser repugnante. No repararía en las canas que empezaban a platearme las sienes, pensé.

—Yo también perdí a una compañera. Hace ya seis meses que estoy solo.

—Lo siento. —De nuevo, la misma voz átona—. ¿En acto de servicio?

—No. Se suicidó.

Se nos acercó un tipo, rodeó la mesa y a continuación se sentó al lado de Eden, apoyando una pierna en el tablero, y me miró. Una cicatriz fea le cruzaba en vertical toda la sien derecha hasta el nacimiento del pelo como un rayo blanco, tirándole hacia arriba del borde del ojo. Eden le miró con aquella media sonrisa azorada.

—¿Frankie, verdad? —sonrió, enseñándome unos colmillos blancos.

—Frank.

—Eric. —Me estrechó la mano con fuerza y la sacudió una

sola vez de arriba abajo—. Si aquí mi amiga te lo pone muy difícil, ven a decírmelo, ¿eh? —Y le encajó el codo a Eden en las costillas. Detestable. Ella se sonrió con suficiencia.

—Seguro que sabré arreglármelas.

Me puse a colocar mis cosas más aprisa. Eric metió una mano en mi caja, que estaba a su lado, y extrajo una carpeta.

—¿Tu hoja de servicios?

Hice amago de quitarle la carpetilla marrón, pero él la apartó de mi alcance.

—Sí, gracias, dámela.

Noté que la lengua se me pegaba al paladar. Eden observaba sin levantarse. Eric se apartó hacia atrás y hojeó mis papeles.

—Eh, al loro: Homicidios Sídney Norte. Bandas asiáticas. ¿Hablas coreano? ¿Mandarín? Aquí dice, en el apartado del historial disciplinario, que te metieron un puro por conducir «perjudicado» de camino al curro. —Se rio—. De camino al curro, Frankie. ¿Es que tienes problemillas con eso? ¿Te gusta beber?

Le arrebaté la carpeta. Él me dio una sonora palmada en el hombro con su ancha manaza.

—Solo quería hacértelo pasar mal un rato, nada más.

Le ignoré y él se fue con los búhos, andando tranquilamente. Desde allí dijo algo sobre mí, señalándome de espaldas con un pulgar, y los búhos me miraron atentamente. Eden seguía observando mi cara. Me rasqué el cuello, mientras me bajaba por el pecho una sensación de calor.

—Gilipollas de mierda. —Meneé la cabeza.

—Pues sí. —Sonrió; una sonrisa deslumbrante, amplia, de dientes blancos—. Eso se le da de maravilla.